

TAPATÍO

COLUMNA INVITADA

Equivocarse en público

Existió un momento en el que muchas personas ingenuamente pensamos que la llegada de estos nuevos canales traería consigo una especie de democratización mediática: ahora miles de usuarias y usuarios tendríamos el poder de la denuncia en las manos. Con estas nuevas posibilidades tecnológicas, rápidamente se fue creando un clima muy peculiar en el ambiente del Internet: creíamos que señalar lo que estaba mal era lo más apropiado. Así pues, en algún momento y sin darnos cuenta pasamos de una bienintencionada “denuncia ciudadana” a una vivir una película inquisitorial.

El concepto “linchamiento digital” es algo común en el mundo virtual. Sin embargo, leyendo al respecto, me encontré un artículo de la antropóloga Elisa Godínez en el que señala una distinción importante. Ella afirma que el uso de “linchamientos digitales” en un contexto como el de México en donde, en efecto, los linchamientos son un fenómeno recurrente sobre todo en pueblos urbanos o rurales de la región central del país, contribuye a la trivialización de la violencia fáctica; en cambio propone los términos “vigilantismo” y “digilantismo” (<https://techinfo.wiki/vigilantismo-de-internet/>) para hablar del papel que desempeña la ciudadanía digitalizada y su monitoreo hacia las acciones de los otros. Dado el contexto violento en el que estamos sumergidos en México, es pertinente aclarar la diferencia de términos; no está de más apuntar que en la jerga del internet es muy común que el uso impreciso e indiscriminado de ciertas palabras deslave su definición a tal punto que apenas podemos recordar su origen. Pero ese es otro cuento.

El vigilatismo al que me refiero se caracteriza por tener una narrativa que suelte ser la misma: un personaje publica un chiste ahora muy fuera de los valores morales de nuestros tiempos o bien es captado cometiendo un acto de prepotencia. Alguien con alcance o influencia en la red lo comparte en sus cuentas en mu-

chas ocasiones con un mote, “lady chicharrón en salsa verde”, por poner un ejemplo. El contenido comienza a replicarse acompañado de juicios, señalamientos e insultos. Se hace *trendig topic*. Luego, los medios se percatan de la tendencia y redactan notas del suceso. Siempre me ha parecido curioso el hecho de que incluso en los periódicos serios o de circulación nacional exista un redactor dedicado a hacer crónicas anodinas de lo que sucede en internet. En cuestión de horas el acusado o acusada pasó de ser un desconocido a ser inmortalizado por Google como la persona que obró fatal. El caso de “lady chicharrón en salsa verde” es real. A la también conocida como “lady tres pesos” le prohibieron la entrada a un supermercado puesto que venía con ella su pequeña hija. Como en ese entonces estaba restringida la entrada a menores de edad por reglamentos instaurados por la pandemia, la mujer maltrató a los empleados diciéndoles insultos clasistas como “haz de ganar tres pesos”. La indignación en las redes estalló y para la tarde de ese 28 de agosto de 2020 la mujer ya había sido despedida de su empleo en una conocida inmobiliaria (<https://vanguardia.com.mx/vida/viral/reaparece-lady-3-pesos-ofrece-una-disculpa-empleados-y-al-chicharron-en-salsa-verde-ERVG3545771>). La empresa “condenaba categóricamente cualquier manifestación de clasismo, discriminación, exclusión y violencia”.

Hariamos bien en preguntarnos por qué este tipo de historias, aquellas en donde alguien actúa de forma altamente cuestionable y luego una turba de arrobas, seudónimos y fotos de perfil le lanzan cualquier cantidad de opiniones e injurias hasta dejar al acusado humillado en el suelo, tienen tanto éxito. Incluso me atrevería a asegurar que hoy por hoy existe una especie de adicción a este tipo de acontecimientos. El día que no hay villano se sien-



te una quietud muy muy parecida al vacío.

Existe una peculiar satisfacción en publicar en nuestras redes algo que abiertamente condenamos: nos recuerda o reafirma todo aquello que en teoría no somos, y eso a su vez, nos ayuda a construir públicamente un relato más deseable de nosotros mismos. Estar del lado correcto nos complace. ¿Quién no se ha sentido una relativa superioridad al decirle a alguien “te lo dije”? A veces esa frase funciona como la última estocada para quien de por sí ya está abatido. Está propensión a señalar las erratas ajenas en la vida digital podría ser un síntoma de lo que la filósofa Lauren Berlant llama una “sociedad de control”. Ella dice que ahora nuestra conexión con el mundo se mide en relación a alguna

medida de éxito o bien con alguna medida de virtud, por lo tanto cuando “a alguien se le va la lengua, o dice algo que preferiría no haber dicho, parecería que no hay en el mundo un espacio de generosidad para eso” (https://www.clarin.com/revista-enie/ideas/lauren-berlant-despues-covid-personas-intentaran-volver-normalidad-explotacion_0_Q0118wdvPM.html).

En su libro *Humillación en las redes*, el periodista Jon Ronson señala que estas nuevas dinámicas digitales crean de manera constante escenarios de un “dramatismo intenso y artificial. A diario surge un héroe magnífico o un villano detestable” (ROBSON, Jon. *Humillación en las redes*, página 89. Ed. B, 2015). Y como sucede cuando vemos a cualquier villano o villana en las pantallas de cine, nos desvinculamos de sus acciones, por supuesto las condenamos pero, sobre todo, los deshumanizamos. Así pues, cuando el villano en turno de las redes sociales intenta redimirse a través de una disculpa pública, para el tribunal sin mácula de Twitter, Facebook o YouTube no existe “perdón” que valga. Hace algunos años fue muy popular un disfraz en Halloween: se trataba de la personificación del *youtuber*, o sea uno genérico, que mientras llora clama por compasión (<https://indianexpress.com/article/trending/viral-videos-trending/vidcon-2019-kid-wearing-an-influencer-apology-costume-has-left-everyone-in-splits-5828056/>). ¿Cómo es que la figura de una persona disculpándose ante una cámara llegó a convertirse en uno de los arquetipos más comunes de una nueva mitología virtual?

Del escarnio público resultan eventos que entretienen a una audiencia ávida del espectáculo del día y que por lo tanto resulta fácilmente capitalizables para los medios y motores de búsqueda: es un auténtico *showbiz*. Resulta significativo en este contexto el ahora tan popular meme, enunciado principalmente por jóvenes cuando se enteran de que alguien en internet ha recibido “su merecido”: *adoro los finales felices*.

La atmósfera inquisitorial de la red nos ha hecho vivir con un temor constante a ser descubiertos, a que los otros finalmente descubran que somos seres imperfectos.

Cada vez escucho más entre mis amistades y conocidas decir: “esto no podría tuitearlo porque me linchan”. Lo cual me hace sospechar que el vigilatismo sea una herramienta de democratización y, por el contrario, sea un instrumento discreto para la instauración de la autocensura y, por consiguiente, de un discurso conservador disfrazado de progreso.

Políticamente indeseable



Piedra de toque

Mario Vargas Llosa
©MARIO VARGAS LLOSA/EDICIONES EL PAÍS, SL

El excelente libro que acaba de publicar Cayetana Álvarez de Toledo no es el que suelen escribir los políticos, hombres o mujeres prudentes que por lo general omiten lo esencial y suelen quedarse en la periferia de las confesiones. Cayetana va a lo fundamental desde el principio: su familia, sus nacionalidades, la manera como decidió hacerse española, sus pasiones (que son sus hijas, antes todavía que la política), una síntesis de su vida, su paso por Oxford y la deuda que tiene contraída con el profesor Elliot, bajo la dirección del cual hizo su tesis doctoral y aprendió a investigar, pasando algunos años en los archivos, entre libros y periódicos. Su paso por Oxford sí ha dejado en ella una huella: escribe por todo lo alto y dice lo necesario con las palabras siempre justas.

Se trata de un gran libro político, por supuesto, pero de una política que desnuda sus intenciones en cada página, lo mucho que le duele que Pablo Casado la haya cesado como portavoz del Partido Popular y las intrigas de sus adversarios en el seno de ese partido, que ella ve concentradas en su secretario general, a quien atribuye su súbita defenestración. Pero esto es sólo una parte —y, creo, la menos importante— de su libro, pues el mayor número de páginas de él están dedicadas a promover el liberalismo, a señalar los defectos de este gobierno y a la defensa de España, cuyo destino ella ve cada vez más democrático y sede de las reformas que lo convertirían en un país desarrollado, justo para todos sus miembros y pobladores, y a la cabeza, o poco menos, de la Unión Europea, a la que defiende de manera militante.

El libro está muy bien escrito y es inevitable leerlo con la pasión que Cayetana ha depositado en sus páginas, una pasión vigilada y contenida por la razón, con la que la autora explica con lujo de detalles qué defiende, qué ataca y los incidentes que la llevaron a escribirlo. No soy demasiado imparcial al escribir esta reseña; soy miembro de Libres e Iguales, la organización fundada por Cayetana —que la sacó a la luz pública, añadiré— y ya escribí una Piedra de Toque, defendiéndola, cuando fue separada del cargo que ostentaba en su partido como portavoz. Creo, sin embargo, que las críticas que hace en este ensayo al Partido Popular son mucho menores, perfectamente dentro de lo que se escribe, por ejemplo, sobre los partidos Republicano y Democrático en los Estados Unidos por sus propios militantes, de manera que, creo, sería escandaloso que el Partido Popular aprovechara esta circunstancia —el libro publicado— para separarla de sus filas, como suelen hacer los partidos autoritarios. Sería un gravísimo error, porque Cayetana, pese a las cosas que dice en contrario en su propio libro, es a mi juicio una militante leal y convencida de lo que este partido de derechas ofrece como remedio para los males de España.

En lo que sí coincido con ella cien por ciento es en sus críticas al nacionalismo, que ha provocado guerras horribles y sido una fuente de enemistades y odios absolutamente gratuitos y uno de los problemas más difíciles de resolver en todas partes, así como en la propia España. Ella acusa con severidad a la derecha de haber generado este asunto, haciendo concesiones a los independentistas catalanes en el dominio de la lengua, de manera irresponsable, sin medir las consecuencias a mediano y largo plazo, en páginas que yo suscribiría sin vacilar. También en la necesidad de la militancia política, sin dejarse abatir por lo ingrata que suele ser esta experiencia, en la que ella

ve la razón de ser de la ciudadanía libre, al mismo tiempo que la fuente del progreso y la justicia social. Y, por supuesto, en la defensa de la libertad como postulado básico de todos los cambios que puedan y quieran efectuarse en los programas de un partido democrático.

Su libro es una defensa de la Transición, de la sensatez que lucieron tanto la derecha como la izquierda en la elaboración de la Constitución vigente, y el ejemplo que España dio al mundo en aquellos años que siguieron a la muerte de Franco. Todo aquello ha quedado atrás, por supuesto, y ahora es tiempo de que los problemas que el país arrastraba y sobre los que había echado un prudente velo, encuentren solución. Estos problemas no son menores y podrían generar algo de aquella violencia empozada a la que Cayetana se refiere muchas veces en las mejores páginas de su ensayo.

Su hostilidad al feminismo recalcitrante está muy bien explicado en su libro, pero tengo que decir que a mí no me convence del todo. Ella dice que no se puede acusar a todos los hombres de la condición postergada y vejada que es, en buena parte del mundo, la situación de las mujeres, y que éstas deben actuar en su defensa evitando los privilegios porque, de prevalecer éstos, en el futuro la tortilla sería la misma, sólo que al revés. Y, por supuesto, tiene parte de razón; pero ¿y quienes no pueden ni están en condiciones de defenderse y por lo tanto son las víctimas del “machismo” que se luce en las calles de este y otros países con obscena insolencia y que, por ejemplo, aquí en España, deja saldos diarios de víctimas golpeadas y asesinadas? Para corregir semejante barbarie hace falta un sistema legal que favorezca a la mujer, sobre todo en países donde la condición femenina es todavía atropellada con frecuencia y en muchos países del llamado primer mundo.

El personaje central de este libro se desnuda por completo en sus páginas, mostrando sus restaurantes y platos favoritos, los lugares donde va a refugiarse cuando la tensión política en la que vive parece a punto de explotar, y adónde lleva a sus hijas para gozar con ellas unos días u horas de paz. También cita a sus amigos y adversarios, con claridad meridiana, sus lecturas, la música que escucha y que la serena cuando está enervada, y, en resumen, nos ofrece un retrato claro y directo de su vida cotidiana. Son las páginas que a mí me conmueven más de este hermoso libro que revela una vida ávida y sobresaltada por las imprevisiones de que están hechas las jornadas de alguien que se aventura a los excesos y traumas de la política.

España tiene una gran ventaja sobre el resto de las naciones de la tierra. Está dentro de los países que constroen la Unión Europea, que han elegido la democracia y la libertad como el mejor camino para alcanzar sus objetivos. El país debe funcionar, más o menos de manera disciplinada, dentro de un grupo de naciones afines, que no van a permitir que ninguno de los países que la componen se exceda o quede atrás. Esto quiere decir que las que pudieran ser las libertades que se conceden a los países miembros tienen un límite, más allá del cual no pueden pasar ni arriesgarse. Los riesgos que España corre están limitados, pues, siempre y cuando no transgredan ciertas fronteras, que defienden al país de repetir la experiencia atroz de la guerra civil y de la dictadura franquista. El libro de Cayetana Álvarez de Toledo nos recuerda que España es un país que debe cambiar, perfeccionarse a sí mismo, adaptándose cada vez más y mejor a lo que son las contingencias y problemas que debe ir resolviendo a la medida que se presenten. Aquellos problemas están descritos, todos ellos, en las páginas de este libro, con una defensa empeñosa de ciertas soluciones, hechas con la inteligencia y la cultura de una mujer excepcional. Sería una lástima que lo que ella ofrece con tanta claridad, franqueza y brillantez cayera en saco roto.

Noviembre de 2021.

Dragonas



Maneras de vivir

Rosa Montero
©ROSA MONTERO / EDICIONES EL PAÍS, SL 2021

Qué pronto lo olvidamos todo. ¿Dónde está nuestra preocupación por las afganas? Enténdeme: sé que la angustia que sentiste cuando los talibanes arriaron era real (también la mía). Luego pasan las semanas, las noticias se amontonan, el estremecimiento pierde filo, el horror se almacena en algún lugar de la trastienda mental y ya no horroriza. Nuestros cerebros y nuestros corazones se agitan fácilmente, pero son inconstantes y perezosos (también los míos). Apenas han transcurrido cuatro meses y ya no pensamos en Afganistán.

Hace algunos días vi en Twitter el vídeo de la lapidación de una mujer por los talibanes. Bueno, no lo vi, apenas me asomé: era demasiado atroz, insoportable. Fue grabado en 2021 y en Afganistán. Ya no está en las redes: lo retiró la misma persona que lo había colgado, Noor Ammar Lamarty, por miedo a que despertara un interés morboso. Noor nació en Tánger y a los 18 años se vino a España a estudiar Derecho. Ahora tiene 23; trabaja por una perspectiva feminista del Derecho, es periodista especializada en temas de mujeres y ha fundado la revista jurídico-social WomenByWomen. Es una hacedora de futuros, una guerrera en la frontera del mundo árabe, la avanzadilla de las nuevas generaciones que están heredando la Tierra.

En colaboración con un despacho legal español, Noor estuvo pidiendo solicitudes de evacuación para juezas y fiscales afganas en riesgo de muerte. Algunas habían encarcelado a talibanes y ahora tenían que cambiar clandestinamente de domicilio cada dos o tres días. Una había perdido a todos sus colaboradores. Los habían asesinado a todos salvo a ella, que había logrado permanecer escondida (pero ¿por cuánto tiempo?). Mientras gestionaba estas ayudas, Noor cayó en la cuenta de que había muchas más mujeres afganas aún en peor situación, como las periodistas y las artistas, por ejemplo, que salieron públicamente sin velo en los medios de comunicación y cuyos rostros son conocidos. Están en gravísimo peligro. Hay que sacarlas de ese infierno.

El problema (y el escándalo) es que en el Derecho Internacional no existe un supuesto de persecución basado en el sexo para pedir asilo. Se puede solicitar por raza, religión, nacionalidad o pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas. Hay alguna directriz que habla de persecución por motivos de género, pero resulta ambigua y no es vinculante. Puro papel mojado. De manera que, para poder sacar a las mujeres de Afganistán que son perseguidas sólo por el hecho de querer controlar sus propias vidas, hay que recurrir a alambicadas artimañas legales, como sostener que su ambición de ser igual de libres que los hombres es una opinión política, en vez de un problema sangrante y esencial de derechos humanos, o como argumentar que estas mujeres pertenecen a un grupo social (que más de la mitad de la población mundial constituya un grupo social tiene bemoles). Todo este disparate legal tiene un origen: el rutinario sexismo, el desdén hacia las mujeres, la consideración de que somos seres secundarios. Porque además reconocer la persecución por sexo no implica que automáticamente todas las mujeres de un país puedan reclamar asilo, sino aquellas en riesgo por haberse significado. No sé cómo lo consentimos, maldita sea. Como he dicho antes, somos más de la mitad de la humanidad: ocupemos nuestro lugar, abramos la boca y reclamemos a voz en grito nuestros derechos.

Los asilos no se tramitan en Afganistán, así que primero necesitan conseguir un salvoconducto para poder ir a Pakistán; pero, incluso si logran ese papel, no pueden hacer el viaje solas, porque los talibanes lo prohíben; para poder salir a la calle necesitan ir acompañadas por su guardián legal: el marido, si lo tienen, o, si no, el padre o un hermano. Así que por cada salvoconducto difícilmente conseguido hay que desperdiciar otro, que podría salvar a una mujer; para dárselo al varón que la acompaña. Y esto sólo las lleva a la ratonera paquistaní de Islamabad, en donde las mujeres languidecen en penosas condiciones durante meses a la espera de un asilo que sólo se concede a cuentagotas y, como he dicho, sin reconocer la clamorosa causa que lo origina, la discriminación por sexo. No podemos permitirnos olvidar la indefensión descomunal de las afganas. Hermanas dragonas, abramos la boca y escupamos fuego.